una sombrilla abierta en la mano; los dos, alegres y sonrientes, se acercaban al anciano, y Roberto exclamó antes de llegar á él:

—Papá: ¿vienes con nosotros? Vamos con Tondeur hasta los tajos.

—No, hijo mio; es menester que termine un trabajo, y voy á mi despacho.

Su mirada cariñosa siguió á los dos hermanos; él, ágil y vigoroso, parecia un Hércules: ella, esbelta y delicada, semejaba una ninfa. ¿Quedarian sujetos á la venganza de Carvajan aquellos dos hijos queridos, que eran su más preciado tesoro, su único amor en el mundo? Extraño fuego le abrasó el cerebro, y se reconoció fuerte súbitamente: le pareció que era capaz de hacer prodigios... mas, por desgracia, veia la salvacion en sus inventos; se entregó de nuevo á su locura, y cuando aún le quedaban recursos para hacer frente á sus apuros financieros, se dispuso á profundizar la sima donde enterraba su fortuna hacia mucho tiempo.

—Obtenga Vd. de Carvajan un plazo, y respondo de salir airoso de mis compromisos.

Miró de arriba abajo al antiguo castillo, y añadió con acento profético:

—¿Ve Vd. esas torres? Pues en breve las podré construir de oro si se me antoja.

Riendo con alegría, saludó al notario, quien dudaba, no sin motivo, de la salud del cerebro que había encerrado en aquella blanca cabeza, y se volvió á su laboratorio.

V

Con profunda emocion regresó Pascual á Neuville, y mayor fué todavía la que le produjo volver á entrar en casa de su padre: era casi un niño cuando partió, y tornaba trocado en hombre. En sus largas meditaciones, durante sus horas de soledad en países extranjeros, mientras viajaba, habia discutido mucho consigo mismo sobre las causas ocasionales de su partida, y ni una sola vez halló en su conducta motivo de reproche; habia hecho lo que era justo y áun necesario: antes que verse en la necesidad durísima de criticar la manera de ser de su padre, se habia castigado por su falta de respeto, expatriándose y entregándose al trabajo con toda su alma.

Poco á poco se fué hallando muy á su placer; la ausencia tendió un velo entre sus recuerdos y la memoria de su niñez, que envolvia la terrible figura de Carvajan, y acabó por no ver lo repugnante de ésta; quiso creer (y lo creyó) que con el tiempo y las prosperidades se trocaría en otro aquel, ser respetabilísimo en su esencia, pero que dejaba de serlo por sus

actos y por su ódio y su rencor, más que por nada; y á su pesar, en medio de aquellos pueblos extraños donde se creia solo, rindió culto al amor á la pátria y la familia, y embelleció estas ideas con los ropajes purísimos que su nostalgia le hacia ver claros y distintos.

Las relaciones con su padre habian subsistido; le escribió siempre con regularidad, dándole cuenta de sus proyectos, de sus empresas y de sus esperanzas, y con exactitud comercial obtuvo respuesta á todas sus cartas; pero éstas eran cortas, frías, verdaderas cartas de negocios, en donde no habia una frase tierna que revelase al padre que echa de menos al hijo ausente. Siempre consejos oportunos, que demostraban un maravilloso instinto comercial y una vigorosísima imaginacion para concretar las situaciones; pero nunca una sola palabra tierna, sentida, que evocase el pasado ó descubriese una esperanza para lo futuro. Nunca aquel padre sintió el triste influjo de su soledad; jamás la efusión brotó de los puntos de su pluma, acostumbrada á trazar números, para que, impulsada por el corazon, escribiese un «vuelve» consolador... La ruda tenacidad del orgullo de Carvajan se revelaba, sin nada que la aminorase, en su conducta para con Pascual.

Este quiso partir, sustraerse á la autoridad paterna y ser independiente y libre; pero cuando, cansado de recorrer el mundo, y concluídos los trabajos á que se habia comprometido, se decidió á anunciar su regreso, recibió una carta de su padre, breve, seca, pero en la cual se reflejaba una inesperada alegría. Pascual sintió una emocion grandísima; experimentaba verdadera ansia de cariño paternal, y le sentia desarrollarse con entusiasmo, sin reticencias, sin velo

que amortiguase sus destellos. El viejo, por su parte, era feliz, volviendo á ver á su hijo, y un pálido destello de ternura reanimaba su corazon helado.

Pascual se puso en camino con doble gozo, porque tornaba al patrio suelo y en él esperaba hallar á su padre trocado de áspero y duro en cariñoso; su viaje, corto relativamente, le pareció largo, interminable, mucho más que otros que hizo á través de los inmensos bosques de América. Sentia fiebre de impaciencia; apenas se tomó el tiempo preciso para rendir cuentas de sus actos á las personas que le encomendaron desde París sus negocios, y sin perder momento emprendió el camino de Neuville, hallando lento el vertiginoso impulso del tren que le llevaba.

Al bajar del coche que le condujo á su pueblo, el corazon le saltaba dentro del pecho; siguió á lo largo del muelle, anhelante, con los ojos velados por las lágrimas, y buscando impaciente un objeto de sus ánsias indescriptibles; distinguió por fin el cuerpecillo raquítico de un hombre pálido que le miraba con extraña sonrisa, y una doble exclamacion se dejó oir:

—¡Pascual!...

—¡Padre mio!...

Los dos hombres aquellos se abrazaron con el llanto en los ojos y las gargantas anudadas por diversas emociones; el alcalde de Neuville fué el primero que se repuso, y arrancándose de entre los brazos de su hijo, dió con tono breve las órdenes para que se llevase el equipaje á la casa de la calle del Mercado, y en compañía de Pascual atravesó el pueblo, respondiendo distraido al saludo de los que le salian al encuentro, apretando el paso para evitar á los importunos y sin cesar de preguntar al recien llegado por sus asuntos, sus resultados y la manera como los terminó.

Comieron, pasaron la velada juntos, y Carvajan sintió algo desconocido; escuchaba á su hijo con admiracion y sorpresa y su voz grave le resonaba en el alma, agitándole algo dentro del pecho; le admiraba, le encontraba brillante en sus discursos, inteligente, superior.

Cuando le oyó decir que traia un capital de seiscientos mil francos, parte sólo de sus beneficios, el banquero lanzó un grito de júbilo y de sorpresa: luego una sombra oscureció su frente; las palabras se le helaron en la garganta, y su gesto recobró la ordinaria dureza: acababa de pensar lo siguiente:

—Siendo rico mi hijo, puede pasarse muy bien sin mí: no tendré influencia sobre él...

Esta frase sintetizaba la manera de ser de Carvajan; dominante hasta no poder interesarse por nadie que de él no dependiese, le era repulsivo cuanto tenia vida propia; pero la impresion aquella se borró presto; Pascual habia comenzado de nuevo su interrumpido discurso, y con su voz le dominó otra vez hasta el punto de que el banquero se dijo:

—¿Qué extraña influencia ejerce sobre mí? ¿Qué tiene su palabra que se me hace irresistible? ¡Al escucharla, me parece que me subyuga y me impone su criterio!...

Pascual estaba fatigado, y se recogió temprano. Su padre le condujo al piso principal por los corredores oscuros y la estrecha escalera que el jóven recordaba con emocion; se detuvo delante de una puerta, y al verla, en la mente del hijo del banquero se agolpó un mundo de recuerdos; era la estancia de su madre. Carvajan abrió, y la habitacion tal cual era en otros tiempos, se ofreció á su vista; todo lo halló como antes, cual si en tantos años nadie hubiera penetrado en

aquel recinto que santificó la muerte de un ángel. Sobre la mesa estaban los mismos objetos del uso de aquel ser querido; en un rincon el biombo de tapicería, cubierto por una funda gris, permanecia plegado junto á la chimenea, enfrente de aquella butaca preferida por la mujer que tanto adoró á su hijo del alma... La impresion que Pascual experimentó fué tan profunda, que por un instante, como si no existiera una solucion de continuidad de su vida, desde que abandonó su casa despues de morir su madre hasta su regreso, creyó que iba á oir la voz de aquella adorada mujer muerta... Pero sólo llegó á sus oidos la de Carvajan, que retumbaba en los ámbitos de la deshabitada estancia al pronunciar con acento seco:

—Te he alojado aquí... porque me pareció que estarias mejor que en tu antigua alcoba...

¡Mejor!.. al abrir aquella, llena de recuerdos, Carvajan solo pensaba en el bienestar material, en la comodidad del cuerpo. No habia previsto el enternecimiento, lógico tratándose de un hijo que idolatró á una madre que le adoraba; no comprendía que una palabra sentida en aquel momento supremo le hubiese tornado en hijo sumiso y amoroso... Pero aquella palabra no se le ocurrió á quien sentia apenas, y se limitó á estrechar la mano de su huésped, ni más ni menos que lo hubiera hecho al despedir á un compañero de viaje en el dintel de la habitacion de una fonda.

Pascual se levantó muy temprano: pero ya su padre le habia tomado la delantera y salido á sus negocios: el jóven experimentó una secreta alegría; dueño de sí, quiso visitar minuciosamente la casa donde trascurrieron los primeros años de su vida. Abrió la ventana, y vió la estrecha y sombría calle, con su fuente

y las mismas tiendas con el mismo aspecto de otro tiempo, y las mismas gentes detrás de los mostradores. El movimiento de la poblacion era tambien el mismo de aquellas pasadas épocas, y á lo lejos percibió el sonidode la flauta de un cabrero que conducia al monte su rebaño.

Cuando él era niño, todas las mañanas su madre le llamaba para que viese pasar á aquel los animalitos que tanto le gustaban, y por espacio de quince dias que estuvo enfermo le dieron á beber su leche. Oia el sonido del cencerro del macho cabrío que iba delante del ganado; poco á poco sintió cómo se acercaban las cabras, despues las vió desfilar por delante de la ventana en tropel, haciendo sonar sobre las piedras el golpe de sus pezuñas, meneando sus barbudas cabezas, y balando á intervalos. El pastor no habia cambiado, y la música que ejecutaba tampoco; hombre y rebaño se alejaron, se fué perdiendo el eco de su marcha, y Pascual quedó absorto en medio de aquel silencio, con el corazon oprimido, cual si acabara de ver alejarse rápida toda su juventud.

Bajó lentamente la escalera; se encontró por casualidad con la criada, y quedó admirado al ver su belleza; era una moza de veinte años, trigueña, con ojos azules, que le saludó sonriendo: estaba vestida con coquetería, y llevaba un gran cántaro de metal sobre la cadera.

—¿Buscaba Vd. al amo, señorito Pascual?—le dijo. —Se fué muy temprano á la granja, á la Moncelle... No volverá hasta medio dia, de modo que si quiere Vd., tiene tiempo para dar un paseo y despertar el apetito.

—Gracias, hija mía; eso voy á hacer precisamente.

—Entonces, hasta luego, señorito.

La sirvienta prosiguió su ascension con el cuerpo doblado por el esfuerzo que hacia para sostener el cántaro, y balanceando la falda con una gracia especial. Esta muchacha en casa del viejo, desagradó á Pascual: hubiese preferido una criada vieja para el servicio del alcalde de Neuville.

Salió; el aire era fresco; los vencejos lanzaban chillidos, persiguiéndose por encima de la torre de la iglesia; ganó las alturas de Couvrechamps, se internó por los caminos frondosos, se perdió á través de los campos sembrados de trigo ya maduro, respirando los aromas de la tierra natal, aturdido por el calor del sol, embriagado por la perfumada brisa, y conducido por la suerte en busca de aquella linda amazona, que, solitaria y pensativa, recorria los alrededores de Clairefont. Y él, que el dia antes era libre, que no pensaba más que en olvidar el pasado, y conformarse con el presente, viviendo tranquilo, sin querer ver lo que fuera malo, se encontraba de pronto, desde el primer momento, en medio de violentas borrascas, más horribles que ninguna de las que habia sufrido hasta entonces. Un poder desconocido le empujaba, le subyugaba á su pesar, le hacia su esclavo: por segunda vez le ponia frente á frente con su padre, y con circunstancias más agravantes que nunca.

Era cierto: llegaba á la mitad de la batalla. El desafío entablado entre Clairefont y Carvajan hacia treinta años, alcanzaba el paroxismo del encarnizamiento, y uno de los dos combatientes debia caer sin remision.

Bajando desde la taberna á Neuville, Fleury le habia contado cuanto necesitaba saber; conocia á fondo la historia de su padre y del marqués, por el relato de aquél y por sus propios recuerdos, que completaron

su conocimiento, esclareciéndose en su mente de hombre tanto como fueron oscuros cuando los apreció su curiosidad de niño. Veia á Carvajan y á Clairefont comprometidos en su horrible contienda, semejantes en sus odios y en lo implacable de su guerra á la que libraron Montaigu y Capuleto al influjo de un odio de raza contra raza. Los medios puestos en práctica eran diferentes, como el lugar, la época y las costumbres eran distintas: estaban en Neuville y no en Verona; en 1880 y no en 1300; no luchaban con espadas y picas, sino con el insensible dinero: no corria sangre que se coagulase al contacto del aire, sino tinta que manchaba al secarse sobre el papel: no era una pelea franca, declarada, activa, entusiasta; era una lucha sorda é hipócrita, más peligrosa y más cruel que la otra.

Se daba exacta cuenta de sus fuerzas, y eran éstas desproporcionadas. Por una parte, el marqués, pobre hombre, de alma débil é incapaz de prevenir ni calcular, ocupado solo en sus utopias, sacrificaba lo pasivo á lo quimérico: por la otra, Carvajan, con su corazon de piedra, su cerebro lúcido, frio y calculador y su voluntad de acero, no daba un paso en falso, y una vez lanzado, no retrocedia por nada. Era el combate de un atleta contra un pigmeo; la victoria estaba decidida de antemano. Y Pascual sabia los medios con que contaban los confederados; se veia entre ellos; los contemplaba maniobrando como un ejército de hormigas encarnizadas en el cuerpo inerte de un animal espirante, arrancándole las carnes poco á poco, sin preocuparse de sus dolores ni proponerse más que el despojo hasta descubrir el esqueleto. Tondeur habia adquirido ya la sierra mecánica de la Saucelle, aquella famosa máquina que fué causa de que bajaran los

jornales; éstos no habian vuelto á subir; el mercader de maderas se aprovechaba de ello... y los jornaleros seguian maldiciendo al marqués. El cuñado de Carvajan prestó ciento veinte mil francos con la hipoteca de los admirables prados que fertilizaba el Thelle. Fleury, el mal genio de Carvajan, el padre José de aquel Richeleu, no habia adelantado dinero, pero sí contribuia con sus buenos oficios de secretario del juzgado. Era el testaferro que manejaba todos los negocios que se resolvian ante el juez de paz por causa incoada por el banquero.

Pourtois, atento á la prosperidad de su taberna, tenia interés por ver comenzar de nuevo los trabajos er el Gran Margal; desde que cesaron y se fueron los obreros, ya no fiaba por semanas, con interés crecido, y fuera de los dias de fiesta, su establecimiento estaba vacío.

En cuanto á Carvajan, necesitaba las fincas, el dinero, el bienestar y la honra de Honorato Clairefont; los desastres más horrendos apenas le parecian suficientes para saciar su ódio: necesitaria ver á sus piés al hombre que le humilló, para pisotearle y satisfacer sus ánsias de venganza. Mas no por esto prescindía del interés material: era hombre práctico primero que hombre rencoroso, y su objeto era vengarse útilmente. Una vez que poseyera el patrimonio de Clairefont, seria dueño del país, dominaria la opinion, iria á las elecciones generales, seria diputado, y explotando el Gran Margal con el desarrollo de su plan se crearía una posicion industrial brillantísima y una influencia sin límites.

Pascual sabia á qué atenerse con respecto á la ambicion de su padre. El antiguo hortera tenia un orgullo silencioso ó salvaje, que le hacia suponer que todos

los honores eran dignos de él por derecho natural: los obstáculos no le acobardaban; los sorteaba ó los destruía. Era uno de esos hombres que nacieron en la nada y llegan á todo, sin que jamás les falten recursos.

Cuando intentaba una cosa y se le frustraba el intento, volvia á comenzar sin desalentarse. Con la vuelta de su hijo, Carvajan varió algo de conducta; estaba inquieto de ordinario; era más afable, hasta conversar en la calle con las gentes y no cesaba de alabar las condiciones de su heredero. La casa de la calle del Mercado tenia otro aspecto: las ventanas, de ordinario cerradas, se abrieron; aquella vivienda, siempre triste, pareció animarse perdiendo su carácter misterioso y triste. Hasta dieron sus puertas acceso á los amigos, y por las noches se tomaba en ella té y pastas.

—No quiero que mi hijo se fastidie—decia el alcalde á los que se manifestaban admirados.—Es jóven y necesita divertirse; para un perro viejo como yo, de cualquier modo es buena la vida; mas para quien como él, empieza á vivir, precisa la distraccion; quiero recibir señoras... Pascual tiene treinta años y debo pensar en casarle.

Esta última idea era su monomanía desde hacia poco: hablaba de ella á todas horas, y no perdonaba medio para convertirla en realidad.

Habia hecho favores sin cuento á los Leglorieux, los molineros de Capendu. Los señores Leglorieux, invitados á comer en casa del alcalde de Neuville, estaban fuera de sí de puro satisfechos; habian llegado en el tren de Rouen, y celebraron una conferencia de dos horas con la señorita Simeon, la modista más famosa de la ciudad, que vivia en la calle Beauvoisin.

La *señorita* Leglorieux era una muchacha de veinte años, tipo perfecto de la raza normanda, de cútis

blanco y basto, cabellos magníficos, piés grandes y manos robustas. Era hija única, y Fleury, que conocia con cierta exactitud todas las fortunas del país, solia decir: «No será mala talega la que lleve en dote.»

La señora de Leglorieux, temblorosa de esperanza, abrió su corazon á su heredera:

—Se prepara una boda, querida mia—le dijo.—Es la primera vez que Carvajan convida señoras á comer. Nunca recibió más que hombres. ¡Así, pues, Felicia, disponte! ¡Es hombre millonario y su hijo un buen mozo! Se dice que tiene un gran talento... mucho más que el abogado Sr. Bonet. Si quisiera residir en Rouen llegaria á ocupar cualquier puesto importante en la Audiencia. ¡Entonces, tu figurarias en primera línea, asistirias á los banquetes de la prefectura!...

La señorita Felicia no pronunció palabra; pero sus ojos estaban húmedos, y el rubor coloreaba sus mejillas.

Sin embargo, Pascual, siempre que su padre le dejaba libre un instante, se dirigia hácia Clairefont, y en más de dos ocasiones, al caer la tarde, fué hasta la meseta en donde se despidió de la encantadora amazona. Allí se ocultó entre los árboles, y sentado sobre el trébol florido, aún caliente por los postreros rayos del sol, esperó inútilmente, porque la hermosa jóven se habia vuelto invisible.

Alguna vez se atrevió á llegar hasta la verja: el magnífico lebrel escocés, echado perezosamente sobre la fresca tierra de un arriate, en el cual habia hecho un agujero para poner en contacto su cuerpo con la tierra húmeda, se levantó, y adelantando su puntiagudo hocico, ladró con disgusto. El jóven se escondió tras la pared del parque temiendo ser descubierto,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y en el silencio de la noche oyó la armoniosa voz de Antonieta, que decía:

—¡Calla, Fox! Es algun mendigo, sin duda. ¿Vas á enseñar los dientes á los que más dignos de lástima son, porque están necesitados?

Y la voz bronca de la señorita de Saint-Meurice, añadió:

—Uno de estos dias nos los enseñará á nosotros tambien.

Estas palabras cayeron como una losa sobre el corazon de Pascual. Más que la distancia, más aún que aquella pared de piedra, le separaban de la señorita de Clairefont. ¿No era Carvajan el que labraba su ruina?

Se alejó lentamente: la noche cerraba; una ligera neblina se veia sobre las copas de los árboles del parque, y á través de las ramas de los abetos y las hayas, el sol poniente lanzaba sangrientos reflejos. Siguió por la orilla de la laguna, donde habia visto á Rosa lavando la ropa, y distinguió el rebaño de carneros que guardaba Russot, con ayuda del perro negro, paciendo la hierba agostada por el calor. El pastor estaba acostado sobre su zamarra, cerca del aprisco, abierto para encerrar ya, y se entretenia en silbar con el tallo hueco de una ramita de Saúco. Los sonidos que producia aquella flauta primitiva, agudos y plañideros, semejaban el grito de un pájaro herido.

En cuanto el idiota vió á Pascual, se levantó de un salto, lanzó dos silbidos extridentes, á los que obedeció su perro, corriendo en torno al disperso rebaño; tomando el látigo comenzó á saltar por encima de las retamas con gestos furiosos, como si al acercarse á sus animales hubiese el transeunte cometido un grave delito, y por largo espacio oyó éste los gritos de Russot, alternando con el restrallar de su tralla. Triste hasta lo infinito volvió á su casa. Hacia solo ocho dias de su llegada á Neuville; Carvajan, que observaba el cambio verificado en el carácter de su hijo, lo estudió primero en silencio, y acabó por interrogarle:

—¿Qué tienes?—le dijo.—¿Qué te sucede? ¿Hay algo que te disguste? Se cambiará, hijo mio: Quiero verte contento...

Pascual miró á su padre; y, juzgándole sincero, pensó:

—Los años le han dulcificado ¿Quién sabe si, en efecto, por complacerme, haria un sacrificio?...

Tuvo la idea de aprovechar sus buenas disposiciones y confesarle la verdad; quizás era aún tiempo de parar el golpe que amenazaba á Clairefont. ¡Si la llegada del hijo, despues de tan larga ausencia, pudiera ser el orígen de que se borraran las hondas enemistades que mediaban entre su padre y el de Antonieta!... ¡Con cuánta ternura le devolveria al primero la condescendencia que con él tuviese, si se resolvia á perdonar á sus enemigos derrotados!... Imaginaba á la linda jóven libre de preocupaciones, sonriente y feliz: él era quien la proporcionaba el bienestar y la calma... Un grato enternecimiento se apoderó de su ánimo, y, sin pérdida de tiempo, quiso tantear el terreno.

—Padre mio,—dijo,—desde mi vuelta no ceso de admirar cuán cambiado está todo. Es Vd. la primera figura de este contorno; ocupa una posicion brillantísima, y entiendo que aún no llegó Vd. al límite...

Carvajan afirmó bajando la cabeza, y una sonrisa animó su moreno rostro.

—No obstante—prosiguió el jóven,—veo un punto negro en el horizonte, y es la hostilidad entre nosotros y el marqués de Clairefont. ¿Le parece á Vd. digno de